

sangre, que cubrían su rostro, que en una ocasión las enjugó con su propia mano, el Salvador. ¡O dignacion amorosísima! Mirad cuánto pudo en los ojos humanos y corazones de carne una vista, un pensamiento de Jesus crucificado. ¡O confusión nuestra! que tantas veces le miramos y pensamos en él, sin una lágrima de ternura en los ojos, y sin un afecto de compasion en el alma: *Si non compatimur, nec conregnabimus.*

Lease á Tomás de Kempis lib. 2. cap. 12. Del camino real de la santa cruz.

LECCION XV.

DE LA RESURRECCION DE CRISTO,
Y GLORIA DEL CIELO.

YA se acabaron las penas, ya se puso término á los afanes; ves aquí al Salvador resucitado, glorioso y triunfante. Mira como aquella corona de espinas la ha cambiado en una diadema de gloria; las manchas de la sangre, en rubíes de luz; los cardenales de las llagas, en galas de victoria: las burlas é improperios de los judios, en aplausos de los ángeles; y la dolorosa muerte, en una vida bienaventurada: *Resurrectionis gloria sepelivit morientis injuriam*, dice S. Pedro Crisólogo. Mira en el Cuerpo glorificado aquellas cinco Llagas, que resplandecen como soles, y arrojan rayos de vivísima luz, bellos iris, hermosos arcos de paz entre Dios y los hombres; trofeos gloriosos de haber vencido la muerte y el infierno; cifra de amor, y letras de beneficencia, con que están escritos en el libro de la vida los escogidos; en suma, el Cuerpo de Cristo, tan despreciado, injuriado y despedazado, está ahora tan hermoso, tan lleno de gloria, que si en el cielo no hubiese otra cosa sensible que ver, sino la sacrosanta Humanidad, al verla solamente bastaría á hacer un paraíso. Tanta gloria le ha granjeado la pasion, que si bien atrocísima, fué breve, cuando la felicidad no solo es inmensa por la grandeza de los bienes, sino tambien eterna por la perpetua continuacion de los gozos.

¡Mas qué júbilos de aclamacion hicieron los co-

ros de los ángeles, cercando á su Rey triunfante! Si cuando nació en el portal de Belén, viniendo á padecer trabajos é incomodidades hasta morir, bajaron del cielo á escuadrones á cantarle el *Gloria in excelsis Deo*; ¿con qué fiesta vendrían á celebrar el triunfo, ahora que resucitaba para subir á la eterna bienaventuranza?

Partió luego el amantísimo Hijo á consolar con su gloriosa presencia el Corazon de su Madre, atravesado con la espada del dolor, y enjugar las lágrimas de aquellos ojos, que tanto habian llorado en la pasion; porque si es ley de la divina Providencia, (como enseña el Apóstol) que quien es compañero de las penas de Cristo, es tambien partícipe de sus consuelos y glorias: *Si socii Passionis estis, sic eritis, et consolationis*; ¿cómo podia ser, que no gozase luego al punto de la alegría de la Resurreccion la afligidísima Madre, que fué siempre tan fiel compañera de su divino Hijo, desde el pesebre, hasta el calvario? Mas ¿qué lengua podrá explicar, ó qué entendimiento concebirá el gozo incomparable de la Virgen, cuando se le puso delante de los ojos su querido Hijo, hermoso y resplandeciente, con un Rostro lleno de gracia y de gloria? Cuando miró las señales de las Llagas, que antes le habian sido causa de increíble dolor, ¿ahora fuentes de un amor beatífico? Cuando le vió, no penando entre ladrones, sino gozando entre coros de ángeles; no encomendandola desde la cruz al discípulo Juan, sino ofreciendose á si mismo á darle el ósculo de paz; no ya tendido en sus brazos, lleno de heridas y llagas, muerto, sino estendiendo sus manos gloriosas á darle purísimos y estrechísimos abrazos. Allá, atónita de dolor,

no sabía qué decir; aquí muda de pura alegría, no pudo hablar. Mas hablóla el Hijo, diciendola: *Surge, Amica mea, jam hyems transiit, imber abiit, et recessit: Flores apparuerunt in terra nostra*. Levántate, ó Madre, y sal de tus fatigas, endulza tu Corazon, serena tus ojos. Ya ha pasado el horroroso invierno de la pasion; ya se ha acabado la tempestad de azotes y de sangre: ves aquí han aparecido las flores de mi Humanidad: mira estas floridas Llagas, que brotan rosas y azucenas de los collados eternos, que respiran y exhalan fragancias de vida bienaventurada.

A estas amorosísimas palabras es indecible el gozo que llenó el Alma de la Madre; pero en parte se puede colegir de la alegría que experimentó el Patriarca Jacob, cuando despues de haber llorado con tantas lágrimas por muerto á su querido hijo José, oyó que vivia y reinaba en Egipto.

Afirma el sagrado Testamento, que el buen padre quedó como oprimido y anegado de la repentina abundancia de gozo; y que despues. *Revixit spiritus ejus, et ait: Sufficit mihi, si adhuc filius meos vivit*, resucitó como de muerte á vida, y dijo: A mí me basta que viva mi hijo: no deseo otro consuelo, que verle una vez, antes que la muerte me cierre los ojos. ¿Pues si tanto fué el gozo del santo Patriarca á la noticia de estar vivo aquel hijo que creía muerto; cuánto mayor sería el júbilo de la santísima Madre, á la vista de su Unigénito resucitado inmortal á la gloria, despues de haberle visto morir en una cruz? ¿Con qué alegría besaba aquellas sagradas heridas, y qué maná de celestiales consuelos sacaba de ellas? Verdaderamente fué excesivo aquel gozo, que no

podria sostenerle el corazon, si con especial milagro no hubiera sido confortado de Dios.

No se contentó el amor de Jesus con haber una vez consolado tan presto á la santisima Virgen; quiso tambien, antes que á los Apóstoles, favorecer con su presencia feliz á la pecadora Magdalena, que habia sido tan fiel amante al pie de la cruz, y despues con tanta copia de lágrimas lloraba junto al sepulcro. Ay, ¡cómo las culpas pasadas no embarazan los favores y gracias divinas, cuando con verdadera contricion se borran, y con nuevos obsequios de ardiente caridad se recompensan! Tambien con las almas penitentes es el Señor liberalisimo de sus gozos, cuando han participado algo de sus penas. Este es el estilo de la divina Bondad, (dice san Francisco de Sales) remunerar, aun en esta vida, con dulces consolaciones de espíritu á cualquiera que bebe una gota de su amarga hiel, á quien acepta una sola espina de su corona, á quien participa un ligero golpe de sus azotes, una pequeña astilla de su cruz. Si, pues, el Salvador tambien comunica sus gozos á quien participa de sus dolores: dichosas son aquellas almas, que saben padecer algun poco con Jesus crucificado, y estar con la Magdalena al pie de la cruz á llorar sus culpas, y sacar de las fuentes de las sacratisimas Llagas el agua de las consolaciones del cielo: *Hauritis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris*. Por eso el mismo san Francisco de Sales no deseaba otra cosa que cruces; no suspiraba sino por espinas, y decia: si yo supiese que habia en mi corazon una fibra, una pequeñisima parte, que no estuviese señalada con la cruz de Cristo, al instante la procuraria arrojar de mí, como indigna

de un corazon cristiano. Con este afecto se mereció tal impasibilidad y alegría de alma y cuerpo, que parecia gozar el dote de los bienaventurados. Igualmente el V. P. Baltasar Alvarez, de la Compañia de Jesus, (VIDA. CAP. 28.) era ansiosisimo de padecer, y decia: *Arboris Sanctae Crucis, nec folium permittere debemus in terram decidere*: No debemos jamás permitir, que caiga en vano á tierra, ni una hoja muy pequeña del árbol de la santa cruz, porque es fértil de frutos celestiales. Por eso procuraba siempre el V. P. copiar en sus miembros las penas de la passion, para gozar despues las glorias de la Resurreccion; lo que consiguió tan dichosamente, que aun viviendo fué visto cercado de resplandores, á manera de cuerpo glorioso.

Pero es dignisima de no pasar sin advertencia y sin provecho, la reflexion del Apóstol, acerca de la Resurreccion: *Christus resurgens ex mortuis jam non moritur*: El Salvador resucitado á la vida, no volvió mas á morir. ¡Oh, pluguiese á Dios que nuestra resurreccion á la vida de la gracia, no recayese jamás otra vez en la muerte del peccador! La eficacia de las consideraciones pasadas nos habrá sin duda sacado algunas lágrimas de los ojos, y puesto en el corazon algun buen propósito. No permitamos, que la luz del Espiritu Santo se apague ya en nosotros, ni que el ardor de la caridad venga á menos, ó se entibie. Fortifiquemonos en el bien: *Aspicientes in Authorem Fidei, et consummationem Jesum*, mirando á nuestro capitán Jesus, que cumplió y llenó hasta el fin la empresa de la Redencion. Si él, cuando los pérfidos judios le burlaban, convidandole á bajar de la cruz: *Si Filius Dei es, descende de Cruce*, hu-

biera interrumpido el curso de la pasion, no hubiera conseguido el triunfo de la Resurreccion. La mayor gloria suya fué haber perseverado: *In laboribus à juventute sua usque ad consummationem Crucis.* (LYRIO, LIB. 7. DOCUM. 21.) La V. Magdalena Ursina se dolia una vez, que la cruz de ciertas tribulaciones era para ella muy larga. Apareciose Jesucristo á consolarla y confortarla, para que perseverase con él en la cruz. Respondió Magdalena con inocente queja: Señor, vuestra cruz duró solas tres horas; y la mia dura años y años. Añadió el Salvador; ¿Qué dices, ingrata? ¿No sabes que mi cruz empezo desde el primer instante de mi concepcion, y perseveró hasta el último de mi vida? Con esto ella mejor instruida y generosa; *In Cruce sua ad finem usque constantissimè perseveravit.*

No al que empieza bien, sino á quien bien acaba, se promete el premio. En el fin de la escala misteriosa vió Jacob á Dios Remunerador, no en el principio, ni en el medio. Nada nos aprovechará el haber conocido esta bella verdad, y haber conseguido la divina gracia, si de nuevo miserablemente le perdemos. Antes nos será de perjuicio, porque tanto serán mas graves las ofensas de Dios, cuanto mayores habian sido los beneficios recibidos de su mano. Pregunta santo Tomás, si es mayor culpa la que comete un inocente, perdiendo la gracia recibida en el bautismo, ó la que comete un penitente, perdiendo la que habia recibido en la confesion? Y resuelve el santo Doctor: (3. QUÆST. 88. ART. 1.) que es mas grave la nueva culpa del penitente, ya justificado, por cuanto esta contiene una mayor ingratitud: *Multo, magis contemnitur Dei Bonitas,*

si post remissionem prioris peccati secundò peccatum iteretur. Por eso advierte san Bernardo: *Ti-me pro accepta gratia, amplius pro amissa, longè plus pro recuperata.* Gran temor debe haber, cuando se vive en gracia, por el peligro de perderla, mayor cuando se ha recuperado; porque si de nuevo se pierde, nos hacemos indignisimos de la Misericordia de Dios, y provocamos su Justicia para no concedernos mas el perdon. Es así, que se lee en el Evangelio, que el Salvador resucitó á los que una vez habian muerto; pero no se lee que restituyese á la vida á quien segunda vez murió. Así tambien se lee que perdonó la primera vez los pecados, y dió su gracia á pecadores; pero no se lee que perdonase segunda vez, ni usase indulgencia con quien despues del primer perdon hubiese recaido en nuevos pecados. Antes gravemente les avisaba, que se guardasen de la recaida: *Noli amplius peccare, ne deterius tibi aliquid contingat.* No es esto porque la divina Clemencia no sea inclinada á perdonar siempre las nuevas culpas, sino porque la humana ingratitud tema mas las recaidas, viendo cuanto mas difícil es alcanzar nuevas gracias.

Formidables son á este propósito las sentencias de los dos príncipes de los Apóstoles. San Pedro, claramente protesta á los pecadores: *Melius erat illis non cognoscere viam justitiæ, quam post agnitionem retrorsum converti.* (2. PETR. 2.) Que les seria mejor no haber conocido el camino de la virtud, que despues de haberle empezado, volver atrás, y dejarle. San Pablo, con mas terror: *Impossibili est, eos, qui participes facti sunt, Spiritus Sancti, et prolapsi sunt, rursus renovari ad poenitentiam.* (HEBR. 6.)

Usa san Pablo de la palabra imposible, para significar la gran dificultad de nueva conversion, que incurren aquellos, que despues de haber experimentado las gracias del Espiritu Santo, y haberse restituido al camino de la salvacion con la penitencia, se vuelven otra vez á los antiguos pecados. Gran dificultad, respecto de Dios, que viendo al pecador infiel en los propósitos, inconstante en las promesas, ingrato á los beneficios, detendrá y negará sus eficaces gracias y socorros. Gran dificultad, respecto del demonio, que viendo que una vez que se le ha escapado de las manos, si vuelve á caer en ellas, dobla los artificios, multiplica las cadenas para tenerle en su esclavitud; pero grandisima dificultad, respecto de la naturaleza, que habituandose en el vicio, y echando nuevas raices, no sabrá despues apartarse de las malas costumbres.

Por tanto, ahora que estais libres debeis usar de toda industria, y todo esfuerzo para no recaer. Los peces, que una vez escaparon del anzuelo, y los ciervos que se soltaron del lazo, son cuidadosisimos de no volver á caer en él. Pues ¿por qué no seremos nosotros, dotados de razon, otro tanto solícitos en huir de aquellas ocasiones, que nos pueden atraer otra vez al vicio? Acordémonos de lo que sucedió á Enrique II. rey de Francia, que despues de haber sido vencedor de muchas lanzas en la Justa, queriendo de nuevo jugarla, respondió á la reina su muger, y á los principes de la Sangre, que instantemente le persuadian, que no lo hiciese: *Adhuc semel, et non amplius*. Dejadme una vez, y no mas. Dijo la verdad, porque en aquella vez, herido mortalmente de un ojo, perdió entre agudisimos dolores la vi-

da. No volvamos, pues, á pecar, porque el primer pecado quizá será el último, sin remedio. Hagamos frente con brio á los primeros asaltos de las tentaciones, que así conseguiremos mas felizmente la victoria. Declaremos abiertamente y en tiempo, de alistarnos en las vanderas del Salvador, y morir en su servicio. Reparemos bien en ciertos pecados, que parecen ligeros, y son origen de otros mayores: *Judam in baratrum nequitiae praecipitavit neglacta minimorum cautio*. De culpas pequeñas de avaricia, fué poco á poco creciendo, hasta vender á su propio Maestro.

De ciertas reliquias del vicio despreciadas, sucede lo que suele acontecer en los contagios, en los cuales tal vez el descuido de quemar un poco de lienzo ó paño, despues de algun tiempo, hace que vuelva á brotar y encenderse de improviso una gran peste. El pecado admitido una sola vez, es una calentura efímera; ¿pero quien ignora, que la efímera ó diaria muchas veces genera en una hectica horrible é irremediable? Y Dios os guarde, que el demonio llegue á soplar sobre vos: no hay fuego que de este soplo no pueda encenderse: *Si sufflaverit in scintillam, quasi ignis exardebit*. Estén, pues, muy lejos de nosotros aquellas sendas, que nos guian á la vida ancha, donde sabemos que ya hemos caido. Afiancemos bien el ser totalmente de Dios, y digamos con el fidelisimo Job: *Justificationem, quam coepi tenere, non deseram*. ¡O Señor mio! Yo he resuelto ser vuestro: vuestro soy, y vuestro seré, teniendo siempre firmes y estables aquellos sentimientos, con que habeis sido servido de favorecerme. Quitadme primero del mundo, si veis que ha de llegar algun dia, en que yo no sea

vuestro, y me aparte de vuestra santa Ley. Haced, ó benignísimo Redentor, que mi resurreccion de la culpa sea semejante á la vuestra, que fué á la vida inmortal; y no á la de Lázaro, que volvió á morir.

§. II.

DE LA GLORIA ETERNA.

Volvamos al Salvador resucitado, que despues de haber con varias apariciones consolado á sus discípulos, se fué con ellos al Monte Olivete, donde les dijo aquellas amorosísimas palabras; Yo voy á prepararos lugar en el cielo; vendré de nuevo á veros y llevaros conmigo, para que esteis vosotros donde yo estoy; y habiendoles dado á besar las sagradas Llagas, y despidiendose de su santísima Madre, dándoles con su benéfica mano la bendicion: *Videntibus illis elevatus est*; poco á poco, á vista de todos, se fué levantando y subiendo al cielo.

Tenian los discípulos fijos y llenos de lágrimas tiernísimas sus ojos en aquel maravilloso objeto, hasta que una nuhe, resplandeciente como el sol, se les quitó de la vista; pero no de los corazones, que quedaron siempre amantes y deseosos con ansia de aquella felicísima gloria; de suerte, que ni sabian hablar de otra cosa, que acabar presto la vida, por gozar de la gloriosa presencia del Salvador. ¿Mas qué entendimiento podrá comprehender la fiesta y triunfo con que fué recibido el Redentor en el cielo? ¿Cómo toda la corte celestial le salió al encuentro para acompañar á su Señor, que volvía de la guerra vic-

torioso y teñido de gloriosísima sangre? ¿Cómo miraban extáticos de asombro aquellas Llagas, causa y objeto de una nueva bienaventuranza? ¿Con qué júbilos y aplausos le acompañaron, hasta que subiendo sobre todas las angélicas gerarquias, se sentó la segunda Humanidad á la diestra del Padre en el mas elevado trono de la gloria? ¡O inefable dignidad! ¡O incomprensible excelencia de la naturaleza humana! Ser ensalzada sobre los cuerubines y serafines con real diadema y cetro Omnipotente en cielo y tierra: *Data est mihi omnis potestas in Coelo, et in terra.* (MATTH. 28.)

De la Ascension de Cristo tomaron tal brio y corazon los Apóstoles, que no hacian caudal de cosa alguna del mundo, y vivian mas en el cielo, que en la tierra. Deseaban los tormentos, desafiaban la muerte, que los sacase de esta vida, y los colocase donde estaba el blanco de todos sus deseos. Tambien nosotros de la Ascension del Salvador hemos de sacar heroicos y magnánimos pensamientos, para obrar y padecer grandes cosas por Dios. ¡Cuánto se debe avivar y fortalecer nuestra esperanza, sabiendo que él mismo prometió que iba á disponernos lugar en el cielo, adonde subia, no solamente para sí, sino para nosotros! Y como cabeza, tomaba la posesion de aquella gloria para los otros miembros suyos, que son sus fieles. Rompió los cerrojos con que estaban cerradas las puertas del paraíso por el pecado de Adán. Nos allanó el camino, yendo delante, para que siguiendo nosotros sus pisadas, pudiésemos llegar á la celestial pátria, de que éstabamos desterrados. Llevó consigo, como por prenda y señal, las almas de los santos padres, que habia sacado del limbo, para que empezasen á go-